

por ciento y á intereses compuestos con que los ingleses han devastado la India, que «esa deuda es la inno- ble podredumbre en que se ha engendrado toda esa baja ralea de ascáridas y los infinitos repliegues, los nudos eternamente multiplicados, de esas tenias in- vencibles que devoran el sustento y roen las entrañas de la India.» Nada le parece excesivo, ni la descrip- ción de los suplicios, ni la atrocidad de las imágenes, ni el machaqueo ensordecedor de las antitesis, ni los trompetazos de las maldiciones, ni la extravagancia colosal de las bufonadas. Para él, el duque de Bedford, que le ha echado en cara su pensión, es «entre todas las hechuras de la Corona, el lieviatán que juega y se solaza en el océano de las bondades reales, y que, á pesar de lo enorme, á pesar de cubrir una legua con su extensión, no es, después de todo más que una he- chura, puesto que sus costillas, sus aletas, sus barbas, su grasa, los respiraderos mismos por donde lanza un torrente de agua contra su origen y salpica de espuma á los demás, todo lo que hay en él y al rededor de él procede del trono.» Carece de gusto, lo mismo que sus congéneres. La fina educación griega ó francesa ja- más ha encontrado puesto en las naciones germánicas; todo permanece en ellas basto ó mal desbastado; de nada le sirve á éste estudiar á Cicerón y aprisionar sus ímpetus en los diques regulares de la retórica la- tina. Sigue siendo semibárbaro y no logra sobrepo- nerse á la exageración y á la violencia; pero su ardor es tan elevado, su convicción tan firme, su emo- ción tan calurosa y tan exuberante, que se deja uno llevar, se olvida toda repugnancia, no se ve ya en sus irregularidades y sus desbordamientos más que las expansiones de un gran corazón y de un espíritu pro- fundo demasiado abiertos y rebosantes, y se admira

con una especie de veneración desconocida esa efusión extraordinaria, impetuosa como un torrente, vasta como un mar, donde bulle la variedad inagotable de los colores y de las formas, iluminada por el sol de una imaginación magnífica que comunica á ese oleaje cenagoso todo el esplendor de sus rayos.

VI

Examinad los retratos de Reynolds y poned al lado los finos retratos franceses del tiempo, esos risueños ministros, esos arzobispos galanos y airosos, ese ma- riscal de Sajonia que, en el monumento de Estrasbur- go, desciende hasta su tumba con el porte garboso y desenvuelto con que baja un cortesano la escalera de Versalles. Aquí (1), bajo cielos volados por pálidas nieblas, entre suaves y pavorosas sombras, aparecen cabezas expresivas ó reflexivas; el artista no ha re- trocedido ante el agrio relieve del carácter; la bestia estúpida de cara abotagada, el ave de rapiña extra- ña y lúgubre, la geta huraña del temible mastín, todo lo ha puesto; la finura niveladora no ha disimulado las asperezas del individuo con una gracia uniforme. Be- lleza hay, pero en otra parte: en la fría decisión de la mirada, en la profunda seriedad y en la nobleza triste del semblante pálido, en la gravedad concienzuda y en la indomable resolución del ademán contenido. Al lado de ellos, en vez de las cortesanas de Lely, se ven damas honradas, á veces severas y activas, buenas

(1) Lord Heathfield, el conde de Mansfield, el mayor Strin- ger, Lawrence, lord Ashburton, lord Edgcombe, etc.

madres rodeadas de sus chiquitines que las besan y se abrazan; ha venido la moral, y con ella el sentimiento del *home* y de la familia, el decoro del traje, el aire pensativo, el porte correcto de las heroínas de miss Burney. Esos hombres han hecho progresos. Bakewell transforma y reforma su ganado, Arturo Young su agricultura, Howard sus cárceles, Arkwright y Watt su industria, Adam Smith su economía política, Bentham su derecho penal, Locke, Hutcheson, Fergusson, José Butler, Reid, Stewart y Price su psicología y su moral. Han depurado sus costumbres privadas y purifican sus costumbres públicas. Han asentado su gobierno y se han confirmado en su religión. Johnson puede decir con verdad: «que ninguna nación del mundo cultiva mejor su suelo y su espíritu.» No hay ninguna tan rica, tan libre, tan bien mantenida, donde los esfuerzos públicos y privados se dirijan con tanta asiduidad, energía y habilidad hacia la mejora de la vida privada y pública. Sólo una cosa les falta: la alta especulación, aquello cabalmente que, á falta de lo demás, constituye entonces la gloria de Francia; y las caricaturas inglesas, con certero sentido burlesco, presentan frente á frente y en una extraña oposición: por una parte, á los franceses tiritando en una choza agrietada, flacos y hambrientos, pero consolados con una escarapela republicana y con proclamas humanitarias; por otra, al inglés colorado y lleno de grasa, sentado á la mesa en una cómoda habitación delante de un succulento *roastbeef*, con un jarro de cerveza espumosa y entretenido en refunfuñar contra la penuria pública y contra esos traidores de ministros que van á arruinarlo todo.

Y así, en los umbrales de la Revolución francesa, encuéntrase estos hombres, conservadores y cristia-

nos, frente á frente con los franceses, revolucionarios y librepensadores. Sin saberlo, los dos pueblos ruedan desde hace dos siglos hacia ese choque terrible; sin saberlo, no han hecho más que agravarle. Todos sus esfuerzos, todas sus ideas, todos sus grandes hombres han acelerado el impulso que los precipita hacia ese inevitable conflicto. Ciento cincuenta años de cortesanía y de ideas generales han llevado á los franceses á tener confianza en la bondad humana y en la razón pura. Ciento cincuenta años de reflexiones morales y de luchas políticas han afirmado á los ingleses en la religión positiva y en la constitución establecida. Cada uno tiene su dogma contrario y su pasión contraria. Ninguno de los dos comprende al otro, y cada uno de los dos detesta al otro. Lo que el uno llama renovación, lo llama el otro destrucción; lo que el uno reverencia como la instauración del derecho, lo maldice el otro como la subversión de todos los derechos; lo que parece al uno el aniquilamiento de la superstición, parece al otro la abolición de la moral. Jamás se ha marcado con caracteres más visibles el contraste de los dos espíritus y de las dos civilizaciones, y Burke mismo es quien se ha encargado de mostrárnoslos con la superioridad de un pensador y la hostilidad de un inglés.

Se indigna al pensar en esa «farsa tragicómica» que se llama en París la regeneración del género humano. Niega que el contagio de semejante locura pueda jamás envenenar á Inglaterra. Se burla de los badulaques que, despertados por los zumbidos de las sociedades democráticas, se creen al borde de una revolución. Porque media docena de chicharras cobijadas bajo un helecho alboroten la pradera con su importuno chirrido, mientras miles de cabezas de ganado

mayor descansan á la sombra de las encinas británicas, rumiando silenciosamente su pasto, no vayáis á creer que los que hacen ruido son los únicos habitantes de la pradera, que deben ser muy numerosos, ó que sean otra cosa que unos cuantos insectillos efímeros, aunque ruidosos y molestos» (1). La verdadera Inglaterra, todos los que tienen un buen techo en que albergarse y buena ropa conque cubrirse (2), no siente más que aversión y desdén por las máximas y los actos de la Revolución francesa. «La sola idea de fabricar un nuevo gobierno, basta para llenarnos de enojo y de horror. Nosotros hemos deseado siempre derivar del pasado todo lo que poseemos, como una herencia legada por nuestros ascendientes.» Nuestros títulos no flotan vagamente en la imaginación de los filósofos; están consignados en la Carta Magna. «Nosotros reivindicamos nuestras franquicias, no como los derechos de los hombres, sino como los derechos de los ingleses.» Nosotros despreciamos esa palabrería abstracta, que priva al hombre de toda equidad y de todo respeto para llenarle de presunción y de teorías. «No estamos preparados para que nos rellenen, como aves disecadas de un museo, de trapajos, de paja y de papeluchos emborrionados acerca de los derechos del hombre.»

Nuestra constitución no es un contrato ficticio de la fábrica de vuestro Rousseau, bueno para ser violado cada tres meses, sino un contrato efectivo en cuya virtud rey, nobles, pueblo, Iglesia, todos quedan obligados unos para con otros. La corona del príncipe y el privilegio del noble son en él tan sagrados como la

(1) Burke, *Reflexions of the French Revolution*, 1790.

(2) Macaulay, *Life of William Pitt*.

tierra del campesino ó la herramienta del menestral. Respetamos la adquisición ó la herencia de cada uno, sean las que fueren, y el objeto único de nuestra ley es conservar á cada cual su propiedad y su derecho. «Miramos á los reyes con veneración, á los parlamentos con cariño, á los magistrados con sumisión, á los sacerdotes con respeto, á los nobles con deferencia. Estamos decididos á conservar nuestra Iglesia, nuestra monarquía, nuestra aristocracia, nuestra democracia, cada una en el grado en que existe y no en un grado mayor.» Respetamos la propiedad de todos, la de las corporaciones como la de los individuos, la de la Iglesia como la del laico. Juzgamos que ningún hombre ni ninguna reunión de hombres tiene el derecho de despojar á un hombre ó á una reunión de hombres de su bien propio y de su herencia. «No hay en este reino un personaje público que no repruebe la páfida y cruel confiscación de los bienes de la Iglesia á que vuestra Asamblea nacional se ha visto obligada.» Nosotros no toleraríamos nunca que el dominio de la nuestra se convirtiese en una pensión que la colocase bajo la dependencia del tesoro. Hemos hecho independiente nuestra nobleza; «no nos apena ni contraría que un arzobispo preceda á un duque, que un obispo de Durham ó de Winchester posea una renta de diez mil libras esterlinas.» Nos repugna vuestro robo como un atentado contra la propiedad y como un ataque á la religión. Estimamos que no hay sociedad sin creencias; derivamos la justicia de su sagrado origen, y estamos convencidos de que, agotándose su fuente, se seca todo el arroyo. Hemos rechazado como un veneno la infidelidad que ha mancillado los principios de nuestro siglo y del vuestro. «Ninguno de los hombres nacidos en nuestra patria desde hace cuarenta años ha leído

una palabra de Collins, de Toland, de Tyndall y de toda esa cáfila que tomaba el nombre de libres pensadores. El ateísmo no es contrario sólo á nuestra razón, sino también á nuestros instintos. Somos protestantes, no por indiferencia, sino por fervor. La Iglesia y el Estado son ideas inseparables en nuestra mente.» Nosotros asentamos nuestras instituciones sobre el sentimiento del derecho, y el sentimiento del derecho sobre el respeto de Dios.

¿A quién ponéis vosotros en lugar del derecho y de Dios? Al pueblo soberano, es decir: la arbitrariedad veleidosa de la mayoría contada por cabezas. Nosotros negamos que el mayor número tenga el derecho de deshacer una constitución. «Una vez establecida la constitución de un país por un contrato tácito ó expreso, no hay poder existente que pueda alterarla sin violar el contrato, á no ser con el consentimiento de todas las partes». Nosotros negamos que el mayor número tenga el derecho de hacer una constitución; se necesitaría ante todo que la unanimidad hubiese conferido ese derecho al mayor número. Nosotros negamos que la fuerza brutal sea la autoridad legítima, y que el populacho sea la nación. «Una verdadera aristocracia natural no es un interés aparte en el Estado ni separable de él. Cuando grandes multitudes obran acordes bajo esa disciplina de la naturaleza, yo reconozco el *pueblo*; pero si separáis el vulgo de los hombres de sus jefes naturales para formar con ellos un ejército enemigo, yo no veo ya el cuerpo venerable que se llama pueblo en esa muchedumbre desbandada de desertores y vagabundos». Nosotros detestamos con toda nuestra alma el derecho de tiranía que les concedéis sobre los demás, y detestamos más el derecho de insurrección que les otorgáis contra sí mismos.

Creemos que una constitución es un depósito que la generación presente recibe de las pasadas para transmitirlo á las futuras, y que si una generación puede disponer de él como de cosa suya, debe respetarle también como de propiedad ajena. Estimamos que, si un reformador «pone la mano sobre los defectos del Estado, debe ponerla como sobre las heridas de un padre con piadosa veneración y trémula solicitud... Con vuestra facilidad desordenada de modificar el Estado tan á menudo, tan profundamente y de modo tan veleidoso como cambian los caprichos y las modas, se romperán la continuidad y la cadena entera de la comunidad. Ninguna generación estará ya ligada á las otras. Los hombres vivirán y morirán aislados como las moscas de un estío». Nosotros rechazamos esa razón menguada y grosera que desprende al hombre de sus vínculos y no ve en él más que el presente, que separa al hombre de la sociedad y no le cuenta más que por una cabeza en un rebaño. Nosotros despreciamos «esa filosofía de escolares y esa aritmética de aduaneros», con que dividís el Estado y los derechos según las leguas cuadradas y las unidades numéricas. Nos causa horror esa grosería cínica que, «despoja á la vida rudamente de su ropaje decoroso, que convierte á una reina en una simple mujer y á una mujer en un puro animal», que arranca á la naturaleza humana sus dos coronas, el espíritu caballeresco y el espíritu religioso, y las hunde con la ciencia en el fango popular, para que las pisoteen «las pesuñas de una soez muchedumbre.» Nos horroriza esa nivelación sistemática que, desorganizando la sociedad civil, lleva al gobierno «á abogados y usureros trapisondistas, empujados por una turba de mujeres descocadas, de posaderos, de taberneros, de mancebos de tiendas, de

peluqueros y bailarines», y que acabará «por entregar la nación al poder más arbitrario que ha aparecido jamás sobre la tierra, si la monarquía volviese á recobrar en Francia el ascendiente.»

He ahí lo que Burke escribía el año de 1790 en la aurora de nuestra Revolución. Un año después el pueblo de Birmingham iba á destruir las casas de los jacobinos ingleses, y los mineros de Wednesbury salían en cuerpo de sus hulleras para acudir también en socorro «del rey y de la Iglesia». Cruzada contra cruzada, la espantada Inglaterra era tan fanática como la entusiasta Francia. Pitt declaraba que no se podía «tratar con una nación de ateos». Burke decía que la guerra no era entre un pueblo y otro pueblo, sino «entre la propiedad y la fuerza». Por ambas partes subía como un incendio la furia de la invectiva, de la execración y de la destrucción (1). No era aquel un choque de dos gobiernos, sino de dos civilizaciones y de dos doctrinas. Las dos enormes máquinas, lanzadas á toda velocidad y con todo su peso, se encontraban una con otra, no por acaso, sino fatalmente. Toda una edad de literatura y filosofía había amontonado el combustible que encerraban y construido la vía que dirigía su carrera. En medio de ese trueno del choque, entre esos borbotones del vapor abrasador, en medio de esas llamas rojas que silban alrededor de los coques y se arremolinan rugiendo hasta el cielo, un espectador atento descubre aún la especie y la acumulación de fuerza que ha engendrado tal impulso, dislocado tales corazas y sembrado el suelo de semejantes ruinas.

(1) *Letter to a noble lord.—Letters on a regicide peace.*

CAPITULO IV

Addison.

- I.—Addison y Swift en su siglo.—En qué se asemejan y en qué se diferencian.
- II.—El hombre.—Su educación y su cultura.—Sus versos latinos.—Su viaje á Francia y á Italia.—Su *Epistola á lord Halifax*.—Sus *Observaciones sobre Italia*.—Su *Diálogo sobre las medallas*.—Su poema sobre la *Campaña de Blenheim*.—Su dulzura y su bondad.—Sus triunfos y su suerte feliz.
- III.—Su espíritu serio y reflexivo.—Solidez de sus estudios y exactitud de su observación.—Su conocimiento de los hombres y su experiencia en los asuntos.—Nobleza de su carácter y de su conducta.—Elevación de su moral y de su religión.—Cómo contribuyeron su vida y su carácter á la amenidad y utilidad de sus escritos.
- IV.—El moralista.—Todos sus ensayos son morales.—Contra la vida grosera, sensual ó mundana.—Esa moral es práctica, y, por tanto, vulgar é incoherente.—Cómo se apoya en el razonamiento y el cálculo.—Cómo tiene por objeto la satisfacción en este mundo y la felicidad en el otro.—Mezquindad especulativa de su concepción religiosa.—Excelencia práctica de su concepción religiosa.
- V.—El escritor.—Conciliación de la moral y de la elegancia.—Qué estilo conviene á las personas de mundo.—Méritos de ese estilo.—Inconvenientes de ese estilo.—Addison crítico.—Su juicio sobre el *Paraiso perdido*.—Concordancia de su arte y de su crítica.—Límites de la crítica y del arte clásicos.—Lo que falta á la elocuencia de Addison, del inglés y del moralista.
- VI.—La broma grave.—El *humor*.—La imaginación seria y fecunda.—*Sir Roger de Coverley*.—El sentimiento religioso y poético.—*Visión de Mirza*.—Cómo bajo la cultura latina subsiste el fondo germánico.

En esa vasta transformación de los espíritus que ocupa todo el siglo XVIII y da á Inglaterra su asiento